

La Comisión Episcopal de Migraciones ha publicado recientemente un informe preparado por un grupo de sacerdotes que desempeñan su ministerio pastoral en la región de Las Hurdes, sobre la situación de esta comarca cacereña que ha venido siendo de antiguo y sigue siendo todavía la zona "negra" del subdesarrollo español. Los lectores de TRIUNFO conocen este documento cuyo resumen fue recogido la semana pasada en la sección "Hemeroteca" y que hablaba, como no podía ser de otra modo tratándose de Las Hurdes, de pobreza de recursos económicos, escasa asistencia sanitaria, inhabilitación de la mayoría de las viviendas, mal estado de las carreteras, etcétera, etcétera. Y lo que es todavía más grave, de la ausencia de una acción administrativa capaz de terminar con este histórico problema. El informe de los sacerdotes daba cuenta de que después del viaje del Príncipe Juan Carlos a Las Hurdes, en junio de 1971, y por encargo suyo, se han hecho una serie de estudios monográficos para analizar las posibilidades económicas de la región. Y añade que después de hacer estos trabajos, "todo está parado", es decir, que nadie ha vuelto a acordarse de Las Hurdes ni se ha tomado medida alguna para remediar la, sin vacilación puede decirse, desesperada situación de la comarca. Estuve no hace mucho tiempo en Las Hurdes, una región que he conocido en varios viajes, desde el primero que hice en 1953. He visto, digámoslo así, las "mejoras" introducidas en la región en estos veinte años y tengo que decir que hace falta un grado casi sublime de buena voluntad para decir que aquello "ha mejorado" en alguna medida.

Necesitaria emplear aquí los tonos más sombríos, los acentos más lóbregos para describir lo que yo vi en mi primer viaje. Eran Las Hurdes del bocio y del cretinismo en las que el viajero podía perfectamente pensar que Buñuel, en su célebre película, se había quedado corto. Vi, y sirva esto de botón de muestra, el entierro de un niño en la alquería de Fragosa, perteneciente al municipio de Nuñomoral, en el que se utilizó por todo ataúd una caja de las que se emplean para el embalaje de tomates, que el padre llevaba bajo el brazo en la macabra procesión hasta el cementerio. Hoy, Fragosa tiene camposanto cerrado con verja de hierro, pero entonces, el cementerio era no ya el "corral de muertos" de que hablaba Unamuno, sino sencillamente un muladar cerrado por un muro de pizarra y situado en la ladera del monte, a la salida del pueblo. Sin embargo, el entierro de aquel niño podía considerarse de lujo en una región en la que, como me decía un médico que llevaba muchos años ejerciendo allí, cuando se moría un niño, lo normal era que su padre lo enterrara en el suelo de la choza.

La comarca de Las Hurdes, o quizá debería escribirse mejor, Las Jurdes, porque es el río Jurdano el que le da nombre, y de hecho, los habitantes de la región así lo pronuncian, se extiende sobre unos 550 kilómetros cuadrados, encerrada entre abruptas sierras que la han aislado históricamente del resto del país. Se encuentran en esta comarca diversos grados de subdesarrollo. Pínofrunqueado, que es la cabecera de comarca, Caminomorisco, Casar de Palomero, Nuñomoral y otros municipios son pueblos que el viajero clasificaría entre los más pobres de



## TODAVIA, LAS HURDES

España, pero que no producen la pavorosa impresión asociada al nombre de la comarca. Si uno se limita a tomar la carretera que va de Cáceres a Salamanca y a pasar por los principales municipios hurdanos, puede sin duda afirmar que ha estado en Las Hurdes, aunque, desde luego, no las ha visto. Quizá se debiera a esto que, según se cuenta, una de las personas que viajaron a Las Hurdes en 1971 dijera al salir de la región: "Entonces, Las Hurdes son un mito". No son un mito. Hay que meterse por las pistas de tierra y dirigirse a las alquerías dependientes de los municipios para ver lo que son realmente, y todavía, Las Hurdes. Recuerdo la primera vez que vi Martilandrán desde el altozano que domina el pueblo. Era como una mancha negra, una costra habría dicho, de tejados de pizarra, en la falda de la montaña. En viajes posteriores he podido comprobar que su estampa desde la altura ha cambiado un poco. Algunos vecinos han arreglado su casa. Hay alguna construcción nueva. Pero el paseo que di por Martilandrán en mi último viaje, a fines del año pasado, no me ofreció demasiadas novedades ni "mejoras" respecto de la primera vez que estuve allí. Las calles, si se me permite la licencia de llamarlas así, no tienen mucho más de un metro y medio de ancho. Las casas no sobrepasan los dos metros de altura. Toda la ventilación del interior depende de la puerta. Tradicionalmente, la vivienda hurdana no se permite el lujo de distinguir entre el espacio dedicado a los hombres y el destinado a los animales. La convivencia con el burro y la cabra, con el cerdo y las gallinas ha sido cosa corriente durante siglos. Hoy, la mayoría de los vecinos, no sé si todos, parecen haber dado el gran paso de construir un tabique para separar la cuadra de la vivienda. Una señora a quien visitamos en Casar de Palomero nos lo mostraba, no sin orgullo. Hay algunas casas de dos pisos, pero la mayoría son de una sola planta, y la vida de la familia se hace en una única habitación. "El 83 por 100 de las viviendas de Las Hurdes son infrahumanas", decía el informe de los sacerdotes. Por lo que yo he podido ver, en las alquerías son pocas las familias que tienen camas. La gente duerme, en general, sobre las tablas del entarimado cubiertas de paja. La misma estancia sirve a la vez de cocina, comedor y dormitorio. El paseo por Martilandrán, como por cualquiera de estos pueblos, debe calificarse de alucinante. La gente está sentada en la calle con un aspecto de tal secular debilidad y falta de energías que uno

se cree de pronto en la sala de un lóbrego hospital. El bocio ha desaparecido casi completamente; hay menos cretinismo que antes; los niños están mejor alimentados. Pero los habitantes de estos pueblos son enfermos crónicos, temblorosos, prematuramente envejecidos, desnutridos por la secular penuria en que han vivido.

Ignoro las conclusiones a que se ha llegado en los estudios a que se refiere la Comisión Episcopal. Por lo que yo he podido ver, no parece que existan en la región, y particularmente en algunas de sus zonas, muchas posibilidades de "desarrollo económico". La agricultura es pobrísima. En los angostos valles, al borde de los arroyos, hay minúsculas parcelas cultivadas que dan al propietario lo que podríamos llamar una rentabilidad de hambre. El cultivo del olivar es totalmente antieconómico. El castaño ha venido proporcionando uno de los elementos más nutritivos —y esto puede dar idea de la dieta que allí prevalece— de la alimentación hurdana. La ganadería es miserable. El que mata un cerdo al año puede considerarse rico. Solía haber cabras, que ahora son incompatibles con la repoblación forestal que se está llevando a cabo. Industria no ha habido nunca. Se hacía, antes de la repoblación, carbón de brezo, una planta que abunda en la región, hasta el punto de que hay filósofos que sostienen que el nombre de Hurdes procede de "urce", nombre latino del brezo. Había en siglos pasados otra "industria" en esta región: la crianza de hospicianos. Las Diputaciones pagaban a los pueblos por la tarea de mantener a los niños del hospicio. A pesar de estas condiciones de vida, y debido a su aislamiento histórico, Las Hurdes no han sido tierra de emigración hasta hace poco tiempo. Cuando Alfonso XIII visitó la comarca en 1922 había allí unos seis mil habitantes aproximadamente. Hoy hay diez mil. Sólo desde 1965 ha comenzado a observarse cierta corriente emigratoria.

La política que se ha venido llevando a cabo es de signo paternalista. Existe un Patronato bajo cuya protección se ha colocado a aquellos pueblos, como si de lo que se tratara fuese de conservarlos caritativamente. Nadie puede vivir de la caridad por tiempo indefinido, pero es lo cierto que en muchos pueblos de Las Hurdes no se puede vivir sin ella o, lo que es lo mismo, que en muchos pueblos de Las Hurdes no se puede vivir. Desde que el doctor Jarrin, obispo de Plasencia, fundó a principios de siglos su famosa institución "La Esperanza de Las Hurdes", la caridad privada o pública ha venido ejerciéndose sobre esta tierra sin esperanza. En nuestros días hemos visto a otra institución de caridad, el Cottolengo, acudir en socorro de los habitantes de Las Hurdes. Su hospital, en Fragosa, ha contribuido decisivamente al "mejoramiento" de la situación sanitaria de la región. Por muy encomiable que su labor haya sido, el visitante de Las Hurdes no puede dejar de pensar que sus habitantes, o al menos los habitantes de sus zonas más inhóspitas, sólo tienen una forma de mejorar, dadas las condiciones de la región: marchándose de allí. Y uno se pregunta si lo que el Estado está haciendo o proyectando hacer con su patronazgo, y las instituciones con sus obras de caridad, no será quizá perpetuar la insostenible situación de una comarca en la que no puede ni podrá vivir normalmente una comunidad. ■ LUIS CARANDELL.